

Trabajo preparado para su presentación en el VII Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).  
Bogotá, 25 al 27 de septiembre de 2013.

## **Desatormentándonos**

### **Populismo y democracia en la década kirchnerista**

#### **Germán J. Pérez**

Instituto Gino Germani (UBA) – Universidad Nacional de Mar del Plata. E-mail: [germanjav@yahoo.com.ar](mailto:germanjav@yahoo.com.ar).

#### **Mario Pecheny**

Instituto Gino Germani (UBA/CONICET). E-mail: [pecheny.mario@gmail.com](mailto:pecheny.mario@gmail.com)

**Área temática:** POPULISMOS Y NEOPOPULISMOS EN AMÉRICA LATINA  
Enfoques teóricos y aproximaciones empíricas (III)

#### **Resumen**

En las últimas dos décadas, Argentina y Latinoamérica vienen experimentando una serie de profundas transformaciones sociales y políticas. La hegemonía neoliberal ha comenzado a resquebrajarse frente a un proceso de recuperación de la movilización popular y la regulación estatal de los conflictos sociales. Al calor de los nuevos repertorios de lucha, que atravesaron la región durante la última década del siglo pasado, han surgido un conjunto de gobiernos orientados tanto a fundamentar su legitimidad en las demandas populares como al fortalecimiento de los procesos democráticos. Las experiencias nacionales registran características disímiles de acuerdo con sus estructuras sociales, sus dispositivos institucionales y los sujetos políticos surgidos en los procesos de movilización. En nuestro país, el proceso político iniciado a partir de 2003 tras la crisis y la movilización de 2001/2002, ha sido insistentemente pensado con las herramientas provistas por una renovada teoría del populismo como lógica de articulación política. En este trabajo nos proponemos discutir la caracterización del kirchnerismo como fenómeno populista mediante dos estrategias: a- la rediscusión de la categoría “populismo” en la tradición de la sociología y la teoría políticas en Argentina y b- mediante una caracterización del kirchnerismo como proceso político emergente de la crisis de 2001. En definitiva, el interés de este trabajo es el de reponer la discusión acerca de las relaciones entre populismo y democracia en la Argentina contemporánea.

En Argentina y en la redescubierta región de América Latina, la hegemonía del discurso neoliberal ha comenzado a resquebrajarse frente la recuperación de la movilización popular, la voluntad de una regulación estatal de los conflictos sociales y la re-politización de cuestiones cuya resolución se pretendía dejar al orden auto-regulado del mercado y/o a la intervención técnica de los (saberes) expertos. Al calor de los nuevos o renovados repertorios de lucha, que atravesaron la región durante la última década del siglo pasado, han surgido gobiernos orientados tanto a fundamentar su legitimidad en las demandas populares como en el fortalecimiento de los procesos democráticos sumados a una recuperación del estado como instrumento del cambio social. Las experiencias nacionales registran características disímiles de acuerdo con sus estructuras sociales, sus dispositivos institucionales y los sujetos políticos renacidos o surgidos en los procesos de movilización. En Argentina, el proceso político iniciado a partir de la crisis y la movilización de 2001/2002 y el gobierno de Néstor Kirchner en 2003, ha sido pensado con las herramientas provistas por una renovada teoría del populismo.

El interés de este trabajo es el de reponer la discusión acerca de las relaciones entre populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Para ello, discutimos la caracterización del kirchnerismo como fenómeno populista mediante el esbozo de tres estrategias posibles de descripción que no siempre se integran en un mismo análisis:

a- la caracterización del kirchnerismo como proceso político emergente en el contexto de la crisis de 2001;

b- la discusión del post-neoliberalismo como concepto y fenómeno que expresa los tres componentes del (no muy feliz) término: *post*, *neo* y *liberalismo*; dilucidar el post-neoliberalismo implica reflexionar sobre en qué medida y cómo el kirchnerismo reúne elementos “post”, que van más allá temporalmente y niegan discursivamente al neoliberalismo; elementos del “neo” liberalismo tal como fuera hegemónico durante décadas y que diera lugar a una estructura de relaciones sociales y económicas y un estatus específico de lo político; y elementos del “liberalismo” por así decir clásico, aquél del lenguaje de los derechos humanos;

y c- la rediscusión de la categoría de populismo desde la tradición de la sociología y la teoría políticas en Argentina a la luz de las transformaciones estructurales analizadas en los puntos a) y b).

### **Dislocación, populismo, kirchnerismo**

Es lugar común, pero no por ello menos cierto, que el fenómeno político del kirchnerismo se explica a partir de una “ruptura biográfica” de la política argentina como lo fue la crisis de 2001: ruptura producida por un acontecimiento traumático que

señala un antes y un después, cambiando el rumbo a futuro, y al mismo tiempo resignificando toda la experiencia pasada.

Ernesto Laclau ha trabajado en diversas épocas el tema de las rupturas y reconfiguraciones populistas, incluso antes de su última versión del problema en el libro *La razón populista*. A principios de los noventa<sup>1</sup>, Laclau realiza una minuciosa exploración de lo que llama dislocación, fenómeno que constituye la condición de posibilidad de las articulaciones populistas. La dislocación consiste en una anomalía estructural que habilita la irrupción del acontecimiento -la historicidad- en la superficie estructurada de los espacios sociales contiguos y jerarquizados; la crisis de representación que trasciende las formas institucionales y afecta los fundamentos de lo representable, a su propia objetividad destituida. La dislocación hace crujir las identidades heredadas; los soportes funcionales y tradicionales de las formas de reconocimiento establecidas entran en estado de hibridación y disponibilidad para un nuevo imaginario. Y ese imaginario narrado, he ahí la importancia de las tradiciones en política, será el sujeto que se anuncia en tales situaciones de dislocación.

Toda “gran” dislocación abre una brecha que convoca a la agencia social al tiempo que reclama su sutura en un renovado relato del orden y la representación. En otras palabras, libera la capacidad instituyente de una voluntad colectiva reapropiada, pero solicita un conjunto de reglas que la hagan posible.

La comunidad se reconoce al desbordar al soberano que la captura y la aliena: la organización insurreccional como problema del liderazgo es el núcleo paradójico que desgarrar a lo que en otros trabajos Germán Pérez caracteriza con el término *quilombo*<sup>2</sup>. ¿Cómo mantenerse como cuerpo comunitario sin una cabeza? ¿Cómo presentarse sin representarse, sin darse una imagen de sí misma como unidad de experiencia sin dejar de ser ya ella misma en su inmanencia recobrada? Esa forma abismal de destitución de los vínculos que regulan la convivencia social es lo que se connota cuando se habla del quilombo.

La Argentina vivió una gran dislocación, fue un quilombo, en aquellos meses de diciembre de 2001 y enero de 2002. Vínculos sociales básicos, elementales, fueron desarticulados: el dinero, por la proliferación de pseudomonedas, la seguridad de la propiedad amenazada por el espectro de los saqueos y la confiscación de los depósitos, el estado de sitio y la posterior incertidumbre acerca de la recomposición de un gobierno.

Un recurrente trasfondo hobbesiano había recorrido la transición democrática bajo la amenaza de un golpe de estado y/o de estallidos hiperinflacionarios. El miedo, esa pasión política, fue consustancial al pacto democrático hasta concentrar los recursos

---

<sup>1</sup> Laclau, Ernesto (1993): Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo, Buenos Aires, Nueva Visión.

<sup>2</sup> Pérez, Germán (2008): “Genealogía del quilombo. Una exploración profana sobre algunos significados del 2001”, en Sebastián Pereyra, Germán Pérez y Federico Schuster (Editores): *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*, La Plata, Ediciones Al Margen

de toma de decisiones en una elite de tecnócratas y plutócratas que apuntó a la estabilidad económica a través de la destrucción de los soportes de ciudadanía en todos sus niveles. Diciembre de 2001 indica el fin de ese miedo. Finalmente, la sociedad estalló, pero asumiendo un protagonismo novedoso. Diciembre de 2001 significa, por eso mismo, el fin de la transición a la democracia o, más bien, un paso decisivo en lo que en los ochenta llamábamos su consolidación. La crisis reveló que las amenazas desestabilizadoras, el golpe institucional y el estallido hiperinflacionario con sus variadas declinaciones, habían generado la mutilación de los fundamentos deliberativos y representativos del régimen político que se disponían a salvar. Curiosa paradoja de la transición a la democracia que pretendió consolidar sus bases sociales e institucionales mediante la destrucción serial de los sujetos capaces de sostenerla y llevarla adelante.

Desde la perspectiva del proceso político, 2001 puede pensarse como un empate hegemónico entre un movimiento social multifacético y disruptivo, renovador en sus repertorios de acción y formas de organización y expresión (piquete y cacerola), con capacidad de veto a través de la acción directa, pero sin posibilidades ni recursos para organizar una oferta electoral en condiciones de enfrentar la crisis institucional que contribuyó a desatar, por un lado; y, por el otro, un sistema político institucional dañado en su legitimidad, sin horizontes programáticos, con una inédita fragmentación de sus elites, pero con una estructura política residual que en términos territoriales y corporativos ofrecía la chance de recomponer la autoridad presidencial y el funcionamiento estatal: el PJ bonaerense.

En esa dislocación, en esa grieta sociopolítica abierta por los efectos descolectivizadores del neoliberalismo y el derrumbe económico, más la erosión de los fundamentos de la legitimidad delegativa generados por la movilización y el fracaso de “los delegados”, en ese abismo surge el kirchnerismo<sup>3</sup>.

El kirchnerismo enfrenta así el desafío de reconstruir una legitimidad amenazada desde su origen, lo cual es un problema pero también una ventaja. Tanto en términos electorales, por la defección de Carlos Menem en el ballottage, en términos institucionales, por el estado de fragmentación del PJ, como en términos de alianzas corporativas, por la crisis profunda del modelo de acumulación de capitalización financiera y sus efectos desestabilizadores sobre todos los actores socioeconómicos, el kirchnerismo constituye un experimento político de auto-creación protagonizado por un liderazgo y una élite periférica (desde el punto de vista territorial, funcional e institucional) que asume una creciente temeridad jacobina en la medida en que advierte la extrema fragilidad y opacidad del contexto en el que opera. La performatividad política del kirchnerismo proviene, curiosamente, de la conciencia de su fragilidad constitutiva.

---

<sup>3</sup> Pérez, Germán y Natalucci, Ana (2012): “Introducción. El kirchnerismo como problema sociológico”, en *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires, Nueva Trilce.

El liderazgo movilizador de los primeros años del gobierno de Néstor Kirchner<sup>4</sup> recrea rasgos del carisma populista (lenguaje coloquial, desprecio jocoso por las reglas de protocolo, personalización del poder, etc.) con una agenda de reformas, incluso avanzadas, de corte liberal-democrático, algunas de ellas que podrían tipificarse en una perspectiva pluralista de respeto de las minorías. Ejemplos paradigmáticos del proceso, resolución y consecuencias políticas de esta asunción de un radicalizado liberalismo democrático serán, inicialmente, la recomposición de la corte suprema, la centralidad de la política de derechos humanos y el intento de reestructuración del sistema político a través de un clivaje programático transperonista y, posteriormente, la promoción y aprobación de leyes como el matrimonio igualitario, la ley de medios y la ley de identidad de género, y políticas públicas como la expansión de la protección previsional y la asignación universal por hijo/a, entre otras demandas que se inscriben en la memoria corta del conflicto y la movilización que comenzó a gestarse durante el segundo lustro de los 90.

Respecto de la construcción del liderazgo, el presidente asumió una actitud de seducción de los movimientos sociales vinculados a la tradición nacional popular, pero también de la izquierda y de los derechos humanos, convocándolos a participar de la gestión de gobierno, así como a movilizar a sus bases para expresar en la calle el plebiscito periódico a las medidas del ejecutivo. Más pronto que tarde, poderosas organizaciones que habían acumulado poder territorial y capacidad de movilización en los años anteriores -como la FTV, Barrios de Pie y el Movimiento Evita, por mencionar las más numerosas- fueron reconociendo en el kirchnerismo los rasgos de un gobierno popular que se adecuaba a las reglas básicas de la gramática movimentista<sup>5</sup> que esas organizaciones venían consolidando desde la resistencia al modelo neoliberal: un liderazgo centralizado pero de libre acceso y disponibilidad para negociar con los referentes de los movimientos, un discurso oficial con resonancias plebeyas que reponía un antagonismo simple, en este caso, entre el pueblo organizado y movilizado frente a las fuerzas que lo habían sometido durante la dictadura y la década neoliberal y, por último, el imaginario de la recuperación del estado como instrumento fundamental del cambio social. Procesos comparables de apertura de puertas e ingreso en términos

---

<sup>4</sup> Según datos del Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva del Instituto Gino Germani (GEPSAC-IIGG-FSOC-UBA) el número de protestas por año tuvo la siguiente progresión: 297 en 2003, 533 en 2004, llegando a 702 en 2005 que constituye el pico de protestas por año del período 1989 – 2007, lo que abona la conjetura de que los primeros años del gobierno de Néstor Kirchner no centraron la recuperación de la autoridad presidencial y las capacidades estatales en la neutralización de la movilización sino, al contrario, en una incentivación de la misma de acuerdo con la consolidación del liderazgo presidencial. El caso más notorio en este sentido se advierte en la recuperación de la participación de sindicatos en las protestas que recuperan el predominio entre las organizaciones protagonistas de la movilización que habían perdido en 1995 a manos de diversas organizaciones civiles y piqueteras. El año con un volumen inmediato inferior en cantidad de protestas a 2004 y 2005 es el año 1997 con un registro de 524 acciones de protesta.

<sup>5</sup> Pérez, Germán y Natalucci, Ana (2012): “Introducción. El kirchnerismo como problema sociológico”, en *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*, Buenos Aires, Nueva Trilce.

personales de sus dirigentes y militantes, de sus temas en las agendas de discusión, y en los presupuestos y burocracias de las políticas públicas del Estado, se dieron con los organismos de derechos humanos, incluyendo los de familiares y víctimas directas del terrorismo de Estado como los organismos más profesionalizados como el CELS, o con los movimientos de la diversidad sexual.

En este marco, cuesta pensar que los principales dirigentes de estos movimientos fueron simplemente cooptados por el gobierno. Parece, en cambio, que los primeros años del gobierno de Néstor Kirchner significaron, para estos militantes, la realización de una expectativa históricamente traicionada.

La recuperación del reclamo por los derechos humanos (verdad y justicia) como política de estado, contribuyó a reinstalar el antagonismo político en el locus refundacional de la argentina democrática. Fue la defensa irrestricta de los derechos humanos el reclamo que articuló como un tropo transversal a los movimientos sociales en su extrema diversidad durante todo el proceso democrático. Kirchner logró refundar la autoridad política de un estado devastado en la recuperación del discurso que le permitió a Alfonsín derrotar electoralmente por primera vez al peronismo en elecciones libres y con plena competencia. La política de derechos humanos no consistió, al menos inicialmente, en la restauración de la polarización ideológica de los 70, sino en la recuperación de la autoridad estatal sustentada en el paso inicial del juicio a las Juntas y en la remoción de la ignominia moral que significaron las sucesivas políticas posteriores de impunidad.

El ciclo de movilización de resistencia al modelo de modernización excluyente, desde mitad de los noventa, articuló un lenguaje de derechos que fue consolidando una esfera pública no estatal de producción de demandas por fuera de partidos y sindicatos, las mediaciones institucionales del régimen político. La participación de sindicatos y partidos -incluso los de izquierda clasista- menguó en la articulación de la protesta, al tiempo que las demandas fueron reorientándose a la protección de derechos individuales -contra los abusos policiales, la violencia estatal en la represión de la protesta, el cercenamiento del derecho de libre asociación y huelga, el patrimonialismo en el uso de los recursos públicos- y sociales -trabajo, educación, salud, previsión-.

Las mutaciones en la movilización reflejaron lo que por aquellos años de celebración politológica del éxito de las reformas de mercado, Guillermo O'Donnell identificaba como el déficit fundamental de las poliarquías latinoamericanas<sup>6</sup>: no tanto su componente democrático, garantizado por las elecciones periódicas, sino la debilidad de su componente liberal y de estado de derecho, reflejada en la persistencia de privilegios, las garantías de impunidad para sectores empresariales y políticos -el asesinato del reportero gráfico José Luis Cabezas en enero de 1997 constituyó un paradigma en este sentido- y el uso del aparato del estado para amedrentar y disuadir el surgimiento de expresiones organizadas de protesta.

Otros actores que reclaman derechos individuales y sociales pero no reductibles al trabajo o al territorio también se suman a la escena, y en este proceso también se

---

<sup>6</sup> O'Donnell, Guillermo (1997): "Otra institucionalización", en *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós.

redefinen como parte de una movilización colectiva que articula derechos individuales con justicia social, pensada ésta con nuevos bríos que incluyen pero no se agota en la redistribución más justa de la riqueza.

Particularmente en las últimas dos décadas (re)emergieron aquí, como en toda la región, movimientos sociales de base territorial, populares, fuertemente movilizados en sus demandas socioeconómicas e identitarias que, en muchos casos, desde México (Chiapas) hasta nuestro país, han integrado cuestiones de género y sexualidad, en el contexto de discursos “populares” ligados a la pobreza, la marginalidad, el acceso al trabajo o la tierra. De ahí el interés que despiertan estos modos articulados entre movilización ligada a la exclusión socioeconómica con otras dimensiones histórico-culturales que incluyen a la juventud, el género y la sexualidad como dimensiones reflexivas de sus propias identidades en construcción.

Hace más de medio siglo Gino Germani, se preguntaba cuáles son las consecuencias de un ciclo de movilización sobre el régimen político de gobierno. En otras palabras: ¿cómo se transforman las reglas que vinculan a la sociedad con las instituciones políticas bajo el impacto impercedero de un conflicto caótico (un “quilombo”) profundo? ¿Qué relaciones pueden establecerse entre la movilización y el régimen de gobierno que llamamos democracia?

Particularmente en sus últimos trabajos, Germani hizo el esfuerzo por resituar su aparato crítico para el estudio del cambio social acelerado, por fuera del marco teórico normativo del modelo estructural funcionalista que le valió críticas a sus primeros textos de la década del 50<sup>7</sup>. En ese replanteo, propone analizar los procesos de cambio social no ya en el marco teleológico del funcionalismo sino en relación con un concepto que, haciéndose eco de Merton, llama “de alcance intermedio”. Ese concepto es el de movilización política, a la que define como una “dislocación” -en criollo, un quilombo- producida por el exceso o el defecto en la participación esperada o tolerada por el sistema social vigente.

Al interior de esta nueva red conceptual la vieja noción de asincronía, que aludía a los diferentes ritmos de modernización de los sistemas sociales y los consecuentes efectos -fusión, demostración- de persistencia de lo tradicional en lo moderno, se sustituye por el análisis de las dislocaciones que el propio proceso de secularización moderna produce afectando a la integración social y los procesos de legitimación del orden político. El problema pasa a estar situado en las contradicciones del proceso de secularización que dislocan la propia oposición entre lo tradicional y lo moderno. La tradición no significa ya el modelo estilizado de orden conservador que ilumina a contraluz la transparencia liberadora de la modernización, sino que pasa a connotar al

---

<sup>7</sup> Pérez, Germán (2007): “Participación, cambio social y régimen político. Apuntes sobre dos ciclos de movilización”, en Rinesi, Eduardo, Nardacchione, Gabriel y Vommaro, Gabriel (comps.): *Los lentos de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Prometeo – UNGS.

sustrato de prácticas, instituciones y lenguajes de los que dispone una sociedad para enfrentar los efectos disolventes de la secularización.<sup>8</sup>

En este marco conceptual revisado, los efectos de fusión y demostración no constituyen anomalías en los contextos de movilización política dado que los procesos de integración del orden social no reconocen ya ningún curso paradigmático y transparente. Es perfectamente normal, y forma parte central del análisis que propone Germani, que las grandes dislocaciones resultantes de procesos de movilización política generen efectos de fusión cuyas consecuencias sobre el régimen político deberán ser sopesadas en cada contexto histórico específico. Las movilizaciones políticas -aquellas en la que se producen dislocaciones y no una mera circulación dentro de la estructura social establecida- ponen en estado de “disponibilidad”, no sólo a amplios sectores sociales “desprendidos”, sino que abren el campo a un juego de articulaciones entre las tradiciones políticas nacionales, los dispositivos institucionales, los repertorios de acción colectiva y las formas de liderazgo.

Del estudio de estas articulaciones o “correspondencias”, en el contexto socioestructural donde se produce la dislocación, resultarán las evaluaciones acerca de las transformaciones más o menos progresivas o regresivas del régimen democrático en cada situación nacional específica.

El recurso a las categorías de Germani nos permite analizar el fenómeno político del kirchnerismo como emergente de la crisis, en la cual reconoce su procedencia fundamental. Aunque su retórica se remonte a otros escenarios de conflicto, se deja comprender como un haz de efectos de fusión que operaron una sutura -siempre fallida- del disloque. Lo que Germani denominara “efecto de fusión” en este segundo momento de su teoría del cambio social, centrado en el concepto marco de movilización, no es ya la superposición de elementos tradicionales en contextos de modernización, sino la fragua de tradiciones, lenguajes, repertorios que, aun resultando contradictorios o conflictivos desde una perspectiva formal, componen una trama en la que la dislocación sede a la recomposición de cierto orden sociopolítico<sup>9</sup>. Jugando con la retórica, la fusión asume la forma de un oxímoron político: la articulación produce un suplemento de sentido que neutraliza el efecto disolvente de la dislocación.

Primer oxímoron kirchnerista entonces: *un populismo liberal*. Un estilo de liderazgo populista, con inflexiones populares en sus interpelaciones a la sociedad movilizada, pero en el contexto de un programa de restauración institucional de corte liberal democrático. Extraña articulación para las teorías contemporáneas del populismo que piensan la conformación de las identidades populares en directa oposición (la frontera interna) al orden institucional, por no decir liberal. El kirchnerismo combina un estilo populista de liderazgo y una lógica populista de articulación del campo político, con una recuperación de la tradición liberal democrática que tuvo su primavera con el

---

<sup>8</sup> Germani, Gino (2010): “Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna”, en Mera, Carolina y Julián Rebón (coordinadores): *Gino Germani. La sociedad en cuestión*, Buenos Aires, IIGG-CLACSO.

<sup>9</sup> Germani, Gino (2003): *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.



alfonsinismo en los primeros años de la nueva democracia y su otoño en los primeros atisbos del FREPASO antes de la formación de la Alianza.

El uso que diversos actores han hecho y hacen de la tradición liberal democrática promueve la protección y extensión de derechos, favorece las asociaciones intermedias y combate los monopolios y los privilegios como principales amenazas a las libertades públicas. Esos elementos se articulan en el discurso kirchnerista como demandas populares a partir de las cuales se construye una frontera interna de exclusión respecto de un bloque de poder conservador que, desde la dictadura hasta el neoliberalismo, conculcó derechos, reprimió la protesta, concentró el poder económico, en definitiva, aplastó la promesa de la democracia como ampliación de derechos básicos -“se come, se cura, se educa”- y la transformó en un conjunto de reglas formales de competencia entre élites.

Un tópico típico y recurrente de la modernización refiere a la sexualidad, respecto de la cual en cada época se registran valores tradicionales enfrentados a valores modernos. Múltiples sistemas organizan expresiones de género y sexualidad, con diferencias que atraviesan líneas regionales, raciales, étnicas, y de clase, reconociendo los vínculos estructurales existentes entre una variedad de prácticas políticas y simbólicas sexuales asociadas con un proyecto transnacional de modernidad – englobando cuestiones de secularización, democracia y desarrollo económico- con estos campos mucho más heterogéneos. Así, por ejemplo, persiste cierta ideología modernizadora propia de las clases medias, asociada a patrones más flexibles de género y sexualidad. Sectores de las clases medias urbanas se han construido a sí mismos como “modernos” y esto se refleja en consumos culturales que incluyen estilos de vida sexuales. Los “efectos de demostración” -efectos que tienen que ver con patrones de consumo de las clases medias de los países centrales, adoptados por las clases medias de los países periféricos – se reflejan en tendencias de las clases medias argentinas y latinoamericanas a reprocesar (copiar, adaptar, traducir) modos de ser, prácticas e identidades (como la “mujer liberada” o la “gay”).

Históricamente, algunos sectores de elite han adoptado narrativas teleológicas de progreso y modernización como justificaciones de sus proyectos político-económicos, tanto liberatorios como represivos, criticados por el paradigma dependentista que puso el acento en las limitaciones de acceso al espacio público, a los derechos civiles y sociales, y a los mercados de consumo y de trabajo formal, así como en la importancia central de integrar a sectores socialmente excluidos. Estos “efectos de demostración” han sido cuestionados, pues, al colocarse en el centro las cuestiones de acceso y desigualdad. Lo que importa para nuestra discusión es que construcciones particulares del género y la sexualidad – articuladas con discursos sobre nación, clase, etnicidad y raza – han formado parte de los discursos asociados a los proyectos modernizadores: todos ellos de un modo u otro inscriben las sexualidades en torno a un binarismo de pasado y presente, tributarios de un *telos* universal.

En esta clave, las leyes de matrimonio igualitario y de identidad de género (como en otro orden, la de muerte digna) le dan al kirchnerismo un indudable matiz modernizador capaz de articular, también a través de un conjunto de demandas liberales, a los sectores “progres” de las clases medias a la *plebs* popular. Además, se trata de sectores activos en la formación de la opinión pública y en la definición de la agenda de

gobierno. El kirchnerismo resulta así un populismo de fronteras móviles que, contrariamente a caracterizaciones polémicas vigentes, presenta una menor rigidez y capacidad adversativa que el peronismo clásico o el chavismo, y una mayor flexibilidad para definir coaliciones políticas o corrientes de opinión.

De tal suerte, lo que despunta con el kirchnerismo no es tanto el retorno del “pueblo sensible”, integrado por una comunidad de experiencias de sometimiento e intereses determinados en el mundo del trabajo, y estructurado en un dispositivo institucional homogéneo de presión corporativa y penetración político-institucional -la columna vertebral del peronismo clásico-, sino un “pueblo principio” que se reconoce en un conjunto de derechos fundantes de la igualdad y la integración, articulando de manera compleja la pertenencia a la comunidad con la afirmación de la singularidad de experiencias individuales y colectivas.

El kirchnerismo resulta una respuesta híbrida construida con retazos de tradiciones políticas nacionales fusionadas al calor de la crisis. Ello implica un trabajo permanente de construcción simbólica e institucional del demos que deja de ser un dato sociológico inmediato. Este desplazamiento queda evidenciado en el peso de las elecciones como momentos de sanción de la controversia política, planteando asimismo un proceso de identificación y construcción del electorado -el demos expresivo siguiendo los desdoblamientos del pueblo que propone Rosanvallon<sup>10</sup>- dada la crisis de las identidades partidarias clásicas y de las tradiciones y afiliaciones funcionales en un contexto de mayor información y autonomía (incluso, volatilidad) de la opinión pública. Es por ello que este ejemplo entre los populismos contemporáneos resulta de baja intensidad adversativa; sus tendencias hegemónicas conviven con inflexiones más pluralistas, dado que el pueblo deja de ser percibido y presentado como una evidencia sensible sostenida en estructuras funcionales, tradiciones y afiliaciones corporativas, que trascendían y desbordaban la “ficción electoral”, para pasar a ser el resultado difuso de un trabajo permanente de institución política que las elecciones sancionan periódicamente. De ahí la distancia entre peronismo y kirchnerismo como fuerzas electorales, uno sin el otro pueden perfectamente resultar insuficientes para mantenerse en el poder.

El kirchnerismo, fino hermeneuta del quilombo por extrema necesidad, ha logrado recuperar la mística popular como desafío plebeyo -quizá su más notorio parecido de familia con la tradición peronista- que colocó al republicanismo conservador, fraguado en el discurso de la Alianza, del lado negativo del antagonismo, mostrando su complicidad con el vaciamiento del estado y la estafa serial del capital financiero. La idea según la cual la república consiste en el respeto de reglas de procedimiento para combatir la corrupción, sin perjuicio de una moralización mediatizada de los conflictos políticos, condujo al colapso por complicidad e ineptitud políticas. Frente a esta declinación conservadora de la república, el kirchnerismo restablece una épica popular de involucramiento con la política, en la que resuena el compromiso ético con lo público que conlleva el republicanismo. Sin embargo, su

---

<sup>10</sup> Rosanvallon, Pierre (2009): *La legitimidad democrática. Imparcialidad, reflexividad, proximidad*, Buenos Aires, Manantial.

recelo respecto del disenso y una concepción aritmética de la “acumulación” del poder, han cercenado la posibilidad de una consolidación institucional de las relaciones entre la sociedad movilizadora y el régimen político, capaz de fortalecer la esfera pública no estatal que la movilización alumbró y que constituye el núcleo republicano que habitara el corazón del “quilombo”.

### **Populismo, ¿post-neoliberalismo?**

Viejos y nuevos actores se dieron cita en las movilizaciones sociales y políticas desde los noventa<sup>11</sup>. Los clivajes y alianzas se hacen más complejos al entrar al centro de la escena nuevos sujetos y nuevas cuestiones, como la aparición de movimientos tan disímiles como son los de travestis o trans, de usuarios de drogas, o de víctimas de accidentes de tránsito o de la violencia policial. La interseccionalidad de varios ejes de opresión (género, sexualidad, clase, raza, etnia, educación, estilos de vida, y trabajo) se hace evidente e imposible de soslayar. En todos estos asuntos subyace una complejidad que la organización de las demandas en cuestiones decidibles o legislables y en políticas públicas intenta reducir con fines de objetivación política y procesamiento institucional. Cuando los actores pasan de una relación de exterioridad al estado y la política institucional a formas diversas de vinculación con los mismos, se ven desafiados a traducir sus reclamos en legislaciones y políticas públicas, incluso de integrarse activamente en redes de políticas públicas o aun en el aparato gubernamental y del estado. En suma, una pluralidad de viejos y nuevos actores han luchado no sólo por la inclusión de sus demandas en las agendas de deliberación pública y de toma de decisiones sino por el derecho de participar en la conformación de los procesos político-formales donde tales agendas se definen. Casos emblemáticos incluyen al género y la sexualidad y otros tópicos novedosos de esta articulación entre el populismo de la justicia social y el liberalismo de los derechos asociados a estilos de vida individuales.

Ahora bien, la impronta del liberalismo político y democrático reinstaurado en los ochenta con el discurso y práctica de los organismos de derechos humanos y que devino en lenguaje de múltiples demandas, no disminuyó ni ante los embates despoltizadores del neoliberalismo y su “gente”, ni ante la restitución populista de un sujeto “pueblo” que muchas veces fue y es hostil a un lenguaje de derechos de raigambre individualista y plural.

Heurísticamente, “post-neoliberalismo” incluye en su significado tres cosas diferentes, y no es solamente una cuestión de énfasis en los dos prefijos o el sustantivo: *post-neoliberalismo*; *post-neoliberalismo* y *post-neoliberalismo*.

Las transformaciones estructurales que produjeron los gobiernos neoliberales han cristalizado instituciones y prácticas relativa a los regímenes políticos (nacional, provinciales...) y culturas neoliberales, en el contexto de un Estado y economías neoliberales. Seguimos viviendo en la huella de tales culturas y regímenes políticos, y de tales Estados y economías. El rasgo distintivo del *neoliberalismo* es la explícita despoltización de la política. La política estado-céntrica había sido críticamente

---

<sup>11</sup> Petracci, M. y Pecheny, M. 2007. *Argentina: Derechos humanos y sexualidad*. Buenos Aires: CEDES-CLAM.

atacada. La salud y educación públicas, las universidades públicas, la protección social, etc. sufrieron procesos de descentralización y privatización – no siempre alcanzadas, debido a la resistencia y movilización colectivas. Los lazos y redes sociales, las organizaciones colectivas, particularmente entre los pobres, fueron debilitadas o destruidas. Sin embargo, en este régimen que siguió a la crisis de la deuda y políticas de ajustes estructurales, se alcanzaron avances claves en términos de derechos, por ejemplo en materia de sexualidad y género, así como, por caso, en el reconocimiento del carácter público de la educación superior que hace de la Argentina un caso prácticamente único en la región. La forma empresa, factótum de la sociabilidad neoliberal, encontró límites en organizaciones y discursos que reivindicaron las tradiciones públicas de gestión y provisión de servicios fundamentales.

Las políticas neoliberales apuntaban a resolver la crisis fiscal del Estado mediante la disminución del gasto, tanto como a disciplinar a los actores sociales: en ese contexto, se dieron avances en anticoncepción, salud reproductiva, y derechos sexuales, al plasmarse en leyes y políticas sociales perfectamente compatibles con las estrategias focalizadas y los procesos de ONGización. La necesidad de dar respuestas en materia de sida, salud reproductiva o planificación familiar, e incluso de desnutrición y pobreza, proveyeron un discurso impersonal, técnico, para legitimar leyes y políticas que habrían podido ser construidas como cuestiones de derechos sexuales o derechos humanos. Los gobiernos *neoliberales* aceptaban estos argumentos técnicos en términos de “salud” (que son impersonales, *no*-políticos) más que en términos de derechos y justicia social. Pues algunos de estos avances han sido instrumentales para los neoliberales, al permitir ahorrar dinero, homogeneizar poblaciones, controlar a actores sociales potencialmente radicalizados y alentado ganancias privadas (como las de las compañías farmacéuticas).

En suma, medidas que podrían leerse como “de justicia social”, y que luego eventualmente se caracterizarían de este modo, han sido construidas como desradicalizadas y traducidas en políticas y leyes instrumentales. Al mismo tiempo, el neoliberalismo también buscó asociarse al discurso de la modernización y sus “avances”, que pueden apuntalar una auto-imagen de sociedades modernas, políticos modernos, y sistemas políticos modernos. Las clases medias ilustradas que apoyan los valores individuales de la libertad sexual o la igualdad de género podían encontrar en este tipo de medidas una “demostración” de su incorporación al mundo globalizado más allá de padecer políticas económicas injustas y ataques a los derechos sociales.

Parlamentos y élites políticas han usado las leyes y políticas “modernas” en género y sexualidad para mostrarse “modernos”, “del primer mundo”, “no conservadores”... El neoliberalismo no ha sido pues incompatible con el avance de derechos. Este fenómeno es, quizá, paradójico, pero no contradictorio.

El segundo componente es el aspecto *liberal* del neoliberalismo y el post-neoliberalismo. Este componente *liberal* refiere al discurso de los derechos personales, la autonomía, igualdad, y libertad. Luego de la dictadura, el discurso de los derechos humanos devino *lingua franca*, construcción universal de las reivindicaciones políticas, leyes y políticas públicas, que trascendió con creces las demandas de verdad y justicia. Una dinámica de derechos humanos permitió así la constitución de una agenda amplia de reivindicaciones y sujetos, que integraron demandas de derechos en una agenda de resistencia colectiva y justicia social. Puede decirse que desde la transición democrática,

tanto en la primavera alfonsinista, como en la década menemista, como en la post-crisis de 2001, el lenguaje de los derechos en la articulación de demandas ha sido indispensable a los diferentes actores para legitimar sus reclamos en los espacios públicos.

Finalmente, este momento post-neoliberal es al mismo tiempo un revival: de los discursos populistas y de izquierda del pasado. Si bien buena parte de las consecuencias de las reformas neoliberales aún están en pie, la calificación de *post* es correcta. Como hemos repetido, en el país y la región estamos siendo testigos de una repolitización de lo público y de la dicotomía público/privado: de la retórica, legitimidad, identidades, y movilización social, el discurso de los derechos humanos nuevamente se radicalizó, en los términos de memoria y justicia. Asistimos a un renacimiento del discurso de la justicia social. Los derechos y sujetos sexuales y de género han reformulado sus reivindicaciones en nombre de la igualdad, la democracia, la justicia social, al tiempo que las perspectivas teórico políticas post coloniales e interseccionales adquieren mayor relieve. Así, por ejemplo, en este contexto de política post-neoliberal, Argentina votó el matrimonio igualitario: argumentos de cuño post-neoliberal, neoliberal y liberal contribuyeron al éxito de la medida.

El campo del género y la sexualidad (aun cuando persista la deuda del aborto ilegal) muestran cómo han podido articularse discursos y prácticas populistas/de justicia social con reivindicaciones caracterizables como individuales, liberales, progresistas o pequeño-burguesas, y dotadas de manera novedosa de un cariz popular y transformador.

En resumen, la implementación de las reformas neoliberales no significó una completa destrucción de las tradiciones y organizaciones de la resistencia sino que engendró una compleja trama sociopolítica cuya comprensión resulta indispensable para echar luz sobre los procesos políticos del período posterior al quilombo que estamos atravesando.

### **Populismo, república y democracia hoy**

En los debates recientes sobre la eventual confrontación entre populismo y republicanismismo como marcos normativos de construcción política -básicamente una controversia periodística-, algunos autores cercanos al polo populista de la disputa han intentado mostrar como la tradición republicana no se opone, sino que más bien promueve, la expansión del estado como garante de los derechos y los bienes públicos<sup>12</sup>. Este argumento, que nos parece suficientemente fundamentado como para destrabar la oposición maniquea entre ambas tradiciones, no obsta para que la recuperación del estado como agente de transformación social, equiparada en el discurso kirchnerista con la recuperación de la política *tout court*, resulte otra dimensión compleja de estos años abigarrados. Es fundamental en su dimensión de estado de derecho que amplía los márgenes de integración de una sociedad desarticulada, así como en una restauración de un imaginario de lo común en conflicto con intereses corporativos y monopólicos. Sin embargo, esta restitución del estado como centro de gravedad de la política nacional

---

<sup>12</sup> Rinesi, Eduardo (2011): “Notas para una caracterización del kirchnerismo”, *Debates y Combates* N° 1, Buenos Aires.

presenta claroscuros evidentes en una escasa democratización de sus estructuras burocráticas y administrativas, sobre todo en los niveles subnacionales, provinciales y municipales, donde los aparatos del estado siguen fungiendo, en buena medida, como maquinarias electorales de raigambre territorial.

La recuperación del estado no es idéntica a su democratización y la cruzada contra los monopolios no se traduce en una mejor calidad de los bienes públicos. La retracción de lo político a lo estatal se advierte, de manera paradigmática, en el conflicto planteado por los procedimientos de construcción de las estadísticas públicas en la agencia estatal correspondiente. El hecho epistemológicamente evidente de que no existan criterios estadísticos objetivos e irrefutables, es decir, la evidencia de que toda estadística es una construcción en función de un conjunto de problemas previamente determinados, no excusa sino que obliga al poder político a una discusión abierta y amplia sobre tales criterios. Más aun considerando que tal información es una herramienta pública par la planificación productiva o la evaluación de la gestión de gobierno, para mencionar dos usos fundamentales, y no un insumo estatal para regular sus compromisos financieros. La distorsión de las estadísticas públicas muestra una inflexión neopatrimonialista propia de los populismos clásicos, que tiende a identificar al estado con una herramienta de acumulación política para el movimiento; muy lejana, por cierto, de la tradición republicana que reivindica a lo público como una esfera de disenso sostenido sobre un compromiso ético con la verdad y la justicia.

En esa equivocidad reside, provocamos, la potencia política del kirchnerismo. Más allá de una desilachada retórica desarrollista, suficientemente cuestionada en sus bases económicas y ambientales, el kirchnerismo no constituye un “modelo” en el sentido de una cosmovisión estratégica coherente. Su naturaleza es más bien la de un arsenal de interpelaciones combinadas y superpuestas, ancladas en la memoria media de la restauración democrática y en la corta de la crisis, más que en el setentismo o el primer peronismo, referencias que operan más como combustible de la mística militante que como bases de legitimidad del gobierno. El kirchnerismo se parece más a la crisis que lo precede y lo habita de lo que estamos acostumbrados a reconocer. Por eso es tan difícil hacerse kirchnerista como dejar de serlo.

Con sus vaivenes, luego de casi diez años de gobierno postquilombo, el kirchnerismo parece no haber logrado, o no poder lograr, la renovación de la institucionalidad republicana que le permita sostener y proyectar su imaginario reformista más allá de la perpetuación de una élite crecientemente encapsulada. Un sindicalismo (hiper)fragmentado y sin reforma alguna de sus estructuras legales e institucionales, un sistema de partidos volatilizado, donde sintomáticamente ha desaparecido incluso la propia palabra “partido”, sustituida por espacios y fuerzas en movimiento que se enfrentan en las elecciones para luego desaparecer o volver a fragmentarse –algo más parecido a la Guerra de las Galaxias que a una contienda política institucionalmente viable- y, completando el cuadro, una miríada de movimientos sociales con diversas tácticas de relación con el gobierno pero sin reglas institucionales claras de articulación con el estado, todo ello, no parece un panorama alentador respecto de la continuidad de una agenda de reformas que el kirchnerismo nos ha acostumbrado a acompañar.

De ahí un segundo oxímoron kirchnerista: un *republicanismo decisionista*. La instalación de un discurso igualitario reflejado en reformas clave a la políticas sociales y una marcada dinámica de ampliación de derechos y promoción de la diversidad (matrimonio igualitario, ley de medios, ley de identidad de género, regulación legal del trabajo doméstico), se combina con una concepción del poder como magnitud acumulable y en un juego de suma cero que conduce a la mayor concentración funcional y territorial que haya experimentado la democracia argentina desde 1983 a esta parte. Curioso republicanismo de baja institucionalidad que amplía las fronteras del derecho y moviliza un discurso igualitario, en el marco de una alarmante debilidad programática y la volatilidad de las “fuerzas políticas” en pugna, bien vistas, meras coaliciones electorales coyunturales.

Este escenario devuelve la imagen de lo que Germani llamaba una “democracia inorgánica”, que favorece los caudillismos locales y los liderazgos mediáticos, en un marco de aguda debilidad institucional que tiende a exasperar los conflictos y fragilizar las decisiones.

No obstante, visto desde la perspectiva del ciclo de movilización y su relación con la democracia, la trama del quilombo muestra una dimensión asociada a la tradición republicana que consideramos crucial: la lenta conformación de un espacio público no estatal, capaz de problematizar sus fronteras con las lógicas corporativas y utilitaristas del estado y el mercado, respectivamente, que hoy persiste en los movimientos socio-ambientales, los diversos colectivos culturales y no pocos movimientos sociales transformados en poderosas organizaciones de base territorial. La institucionalización de esta esfera incipiente y frágil, pero arraigada en las tramas profundas de una sociedad a un tiempo desgarrada y movilizada, resulta la clave de bóveda del período postcrisis que aún atravesamos.

Una de las características centrales del éxito de la matriz populista de movilización política en Argentina y buena parte de América Latina fue la posibilidad que brindaba de operar la transición entre demandas sociales y su articulación política suprimiendo la intervención como tal del sistema de partidos –la “partidocracia” en la retórica peronista– que se presentaba como una instancia institucional burocrático-formal sometida a los intereses de élites oligárquicas y, consecuentemente, funcional al modelo agroexportador y latifundista.

Las organizaciones sociales heredadas del 2001 y las respuestas a la crisis, que devinieron en filo-kirchneristas, compartían esta noción de la gramática movimientista<sup>13</sup>. Sin embargo, la contigüidad entre la movilización social y su expresión político-estatal se sustentó, en el modelo movimientista clásico, sobre una clase obrera más homogénea y su integración al estado mediante estructuras institucionales verticales y con capacidad de negociación: los sindicatos como “columna vertebral”. El impacto de las políticas neoliberales sobre los sectores populares, sin perjuicio de las transformaciones del trabajo por la expansión de modelos posfordistas e

---

<sup>13</sup> Ver Pérez, Germán J. y Ana Natalucci (2010): “Reflexiones en torno a la matriz movimientista de acción colectiva en Argentina. La experiencia del espacio militante kirchnerista”, en Revista *América Latina Hoy*, Instituto Interuniversitario de Iberoamérica y Ediciones Universidad de Salamanca, número 54, abril de 2010.

inmateriales de producción, han complejizado las realidades populares transformando sus modos de acceso a la política. La transición entre lo social y lo político, entre la movilización de demandas y la articulación de sujetos de acción colectiva con capacidad de intervención en el régimen político, resulta más problemática en la medida que no se realiza de manera in-mediata.

La prioridad asignada por estas organizaciones al estado como instancia primordial de la intervención política revela la tensión de lo nacional-popular entre una concepción pluralista y otra organicista de la hegemonía<sup>14</sup>. A similar distancia de una matriz política liberal democrática como de una revolucionaria, el movimientismo de matriz nacional-popular alcanza su realización en la reintegración simbólica del pueblo en el estado, consumando el imaginario de la reconciliación de los intereses particulares, privados y sectoriales en un gobierno del pueblo.

El estado recompone la fragmentación disolvente que amenaza al pueblo real en sus formas rotas del individualismo competitivo o la lucha de clases. La distorsión que inscribe la interpelación populista en el cuerpo social, articulando las demandas populares en oposición al bloque hegemónico encarnado políticamente en el “modelo neoliberal”, se reabsorbe en la utopía de un nuevo estado que ofrece la garantía de la restitución de la ciudadanía política y social, por un lado, y asegura no sin tensiones la unidad comunitaria del pueblo en su representación más organicista, por el otro.

Por lo que venimos sosteniendo, no parece pues adecuado enfrentar al modelo delegativo, personalista y de baja institucionalización, propio de los noventa, con la estrategia movimientista tradicional. Ambos modelos se muestran refractarios a una característica distintiva que tuvo el ciclo de movilización iniciado en el segundo lustro de la década del noventa con su corolario en diciembre de 2001: su pluralidad.

El ciclo de movilización social que ha experimentado la Argentina en las últimas décadas muestra tanto la imposibilidad de restaurar la unidad del pueblo en su verdad prepolítica, como la necesidad de recuperarlo en su dimensión política: la de una comunidad de experiencias y expectativas a ser construida sin suprimir la singularidad de sus voces, lo cual podrá realizarse generando las instituciones políticas capaces de gestionar el disenso interno del sujeto popular, por un lado, y de establecer reglas democráticas de articulación con el estado, por el otro.

Al calor de este proceso de movilización se han configurado nuevas formas asociativas de matriz territorial y no-territorial que contribuyeron a una renovación de los lenguajes políticos en lo que respecta a cuestiones claves del régimen político de gobierno. Señalemos algunas de esas experiencias: la auto-organización comunitaria y la autogestión obrera como formas de enfocar las transformaciones del trabajo en el capitalismo postfordista; la dinámica asamblearia como cuestionamiento a las formas delegativas del vínculo político –clientelares y/o patrimonialistas– apuntando a un proceso de conformación autónomo de la voluntad política; la difusión de un lenguaje de derechos que indique la exterioridad irreductible entre justicia y poder político con el propósito de ensanchar los márgenes de un espacio público democrático; y, como

---

<sup>14</sup> de Ipola, Emilio y Portantiero, Juan Carlos (1989): “ Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, en de Ipola, Emilio *Investigaciones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión.



corolario, un despliegue pluralista del sujeto popular que promueva la multiplicación y articulación de las luchas más que su fusión e integración corporativa al aparato del estado.

Las gramáticas políticas resultantes no están ajenas al juego de la representación ni al desafío de pensar y producir una institucionalidad democrática renovada, como lo han sugerido diversos intelectuales y dirigentes de movimientos sociales en su entusiasmo autonomista. La representación política sigue configurando el dispositivo a través del cual los sujetos políticos son interpelados y proyectados en el intervalo entre las identidades definidas por la “estructura social” o la “superestructura jurídica”, produciendo el efecto que Jacques Rancière denominara “suplementación política”<sup>15</sup>: la subversión de la imagen de la comunidad como aritmética cerrada de las partes y las funciones. Tal distorsión resulta políticamente productiva si es capaz de conformar espacios públicos de expresión y reconocimiento que no queden capturados ni en el aparato del estado ni en la regulación automática del mercado.

La reedición de estrategias movimientistas, deudoras de una concepción organicista y estatalista de la hegemonía, no contribuyen a la des-concentración funcional y territorial del poder político, más permeable para una institucionalización productiva de estas promisorias formas de la política.

### **Recapitulación**

Este texto, considerado como un puntapié inicial de trabajo en elaboración, apuntamos a integrar diversos ejes de análisis del fenómeno kirchnerista en tanto experiencia populista: su génesis política y explicativa en la crisis de 2001 concebida como dislocación, la característica *sui generis* del kirchnerismo como populismo que articula y promueve sujetos y reivindicaciones liberal-democráticas e incluso pluralistas, y en este sentido la apuesta en curso de recuperar y actualizar (en términos empíricos y teóricos) la grilla germaniana para comprender fenómenos políticos que aúnan cambios históricos, lenguajes modernizadores, y movilizaciones sociales que plantean tensiones y paradojas que los populismos han terminado históricamente, no sabemos si por resolver, al menos por procesar mediante diversas maneras de concebir y practicar la institucionalidad democrática.

---

<sup>15</sup> Rancière, Jacques (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión